

SEGUNDA MENCION

MONOLOGO DEL TRAIADOR

Por Daniel G. Dueñas
(seudónimo: Pedro Juan)

(1975)

MONOLOGO DEL TRAIADOR
(basado en textos de Andreiev y Balzac)

El escenario se va iluminando gradualmente. Mientras tanto, el actor comienza su texto:
Judas Iscariote: ¡Tú también! Tú, montaña, también te vuelves contra mí y me envías a la espalda tu soplo helado. Y no eres la única: para llegar al árbol, el camino ha sido largo y penoso, y los mismos guijarros puntiagudos que buscaban mis pies para morderlos el día de la crucifixión, ruedan a mi paso y parecen querer detenerme. La colina se levanta, el sol me arde en la cara, los pájaros y las víboras fortifican el acceso al árbol torcido y seco que ha de acoger mis restos. Pero ya estoy ante él, montaña: unos cuantos pasos me separan de la muerte.

(Pausa.)

Estoy muy cansado, pero ya he llegado a la cita; la única rama que señala allá abajo Jerusalén como índice de anciano tembloroso a la vez me llama y me rechaza.

Luz total, blanca. Paredes y piso blancos. A la izquierda una pirámide cuadrangular truncada, y en su cima un árbol desnudo del que se desprende una gran rama hacia la izquierda. Judas Iscariote está tirado al pie de ese montículo, en actitud de haberse arrastrado hasta el lugar que ocupa. Viste andrajos, está sucio, maltrecho. Su ojo izquierdo está inutilizado —se le ve blanco completamente— y le obliga a gesticular.

Judas está boca abajo, da la vuelta y queda mirando al cielo.

Judas: Ya estoy aquí, Maestro: ya ves, no he fallado. No cierrés tus puertas ante mis. . . (cierra los ojos. Pausa). No. . . son demasiado injustos conmigo. ¿Me oyes, Jesús? ¿Me creerás ahora? Voy hacia ti. Manda a tus ángeles a recibirme. . . estoy muy cansado (se anima un poco). Y volveremos a la Tierra abrazados como dos hermanos. . . ¿quieres? (Pausa.) Acógeme ahora como en aquellos días cuando llegué hasta ti. ¿Recuerdas? (Sonríe.) Llegué doblado el espinazo, y no obstante que repetidas veces te habían advertido que Judas era un mal sujeto, del que era menester desconfiar, aun a pesar de la aversión que sentían tus discípulos hacia mí, me diste lugar entre tus escogidos, entre los portadores de la Palabra, entre los que iban a limpiar leprosos y levantar moribundos (ríe amargamente). Pedro dijo: "No importa que tu aspecto sea desagradable y antipático; a veces se prenden en la red del pescador peces de aspecto asqueroso, y sin embargo, son los más sabrosos."

(Pausa.)

Y me confiaste el cofrecillo del dinero, y yo lo cargué con gusto y administré las ropas y los alimentos. Y en las fogatas, cuando todos iban a dejarse vencer por el cansancio y la monotonía, yo los divertía con historias y suaves mentiras (*pausa*). Juan tu discípulo favorito, aquel de los largos cabellos de oro, me preguntaba: “¿Y tus padres, Judas, eran buenas personas?” Y yo meneaba la cabeza: “¿Mis padres? ¿Y quién fue mi padre? Quizás el hombre que me apaleaba, quizás el diablo, o un macho cabrío, o un gallo.” Y entonces, indignados, volvían a la misma comedia: Mateo se levantaba y citaba a Salomón: “Si alguien maldice de su padre y su madre su lámpara se apagará en las tinieblas”; y Tomás (el crédulo y dulce Tomás) ceñudo, protestaba: “Quiero que me demuestres de qué modo un macho cabrío ha podido ser tu padre.” (*Ríe burlonamente, y luego asume la actitud recordada.*) “Qué tonto eres, Tomás. Quisiera saber si tus sueños permiten otra cosa que una piedra, un árbol o un asno.” Pero Judas —se quejaba—, ¡tengo malísimos sueños! Veo una aldea tenebrosa a la que llegamos con el Maestro, una multitud de fantasmas que nos insulta y ataca —y ponía su cara preocupada al llegar a tan serios asuntos: “Dime, Judas, ¿tendrá el hombre que responder también por sus sueños?” (*Rompe a reír repitiendo a medias la última parte de la frase, y luego, poco a poco va quedando serio. Como si recordara su cansancio habla desesperado.*)

Señor: he cumplido con mi oficio: he recitado mi papel con gran eficacia. No ha habido un solo espectador que no terminara odiando el personaje y relacionándose con él. Acógeme ahora. Acógeme en tu camerino y deja que me limpie el maquillaje con el mismo paño que has limpiado tu cara. (*Pausa. Recuerda.*) ¿Recuerdas cómo iba yo solícito a los pueblos a tantear el terreno? Tú y tus discípulos se quedaban en las afueras, y yo iba sólo a abrirte las puertas, a hablarle a la gente, a comprobar que te iban a ser favorables. Y tú, si bien no me dirigías la palabra directamente, sí me mirabas de vez en cuando con ojos cariñosos, sonriendo a alguna de mis bromas cuando regresaba a informar que todo estaba dispuesto y seguro; y cuando tardabas demasiado en verme, preguntabas: “¿Dónde está Judas?” (*Pausa.*) A veces te decía: “No vayas, Señor, pueden volverse contra ti, no oír tu palabra. Las sonrisas son demasiado fáciles en esta gente y casi siempre ocultan una mueca de desprecio. ¡No vayas!” Pero tú ibas de todos modos y les hablabas y —¿quién ha tenido tu voz? —, siempre les abrías los ojos y te recibían y seguían. (*Pausa. Amargo.*)

Pero un día, después de abandonar una aldea, una mujer te acusó de haberle robado un corderito. Yo había tenido razón: el pueblo hablaba mal de ti y si aún hubieras estado ahí seguramente te habrían atacado. Yo te había prevenido y tú, como siempre, desoíste mis prevenciones. Yo tenía razón, siempre la tuve. Pedro se enfureció y quiso volver pero tu silencio borró su ira. Y fue como si yo no hubiera tenido razón. (*Pausa.*)

Y a partir de ese día, cambiaste hacia mí, y al hablar me volvías la espalda, o simplemente lanzabas tus palabras por encima de mi hombro como si no existiera yo. (*Pausa. Ha estado hablando maquinalmente, y ahora parece reaccionar.*) Pero tal vez, tal vez allá arriba te irritarás también contra Judas de Cariote. Tal vez no me creerás. Y me enviarás al infierno. . . (*gesticula.*) al infierno. (*Se sobrepone.*) No importa: iré al infierno. (*Con ira.*) y en el fuego de tu infierno forjaré el hierro y destruiré tu cielo. ¿Quieres? (*Cambio. Suave.*) ¿Quieres? ¿Me creerás entonces? ¿Volverás conmigo a la Tierra, Jesús?

Música. La luz disminuye.

Judas: ¿Volverás conmigo, a mi lado, como hermanos? Y entonces ya no habrá miedo ni dobles sentidos. . . y habrá un ejército virtuoso haciendo con las espadas desenvainadas un gran puente, y todos gritarán “¡Hosanna! ¡Hosanna!”. Pero esta vez será un rugido suave y legítimo. (*Pausa.*) Y ya no habrán traiciones ni dobles sentidos.

Termina la música. Aumenta la luz.

Judas: (*Reaccionando.*) Y yo tenía siempre razón: ¿Recuerdas? Fue en el pueblo de Judea, al que decidiste ir, a pesar de mis consejos y admoniciones. El vecindario acogió con muestras de desagrado, y al acabar la plática en la que fustigaste con fuerza a los

hipócritas, la multitud se enfureció y quiso lapidarte a ti y a tus discípulos. (*Se posiciona.*) Aquellos energúmenos eran legión y de no ser por mi intervención, hubieran consumado su proyecto criminal. (*Aumenta la pasión con que habla.*) Lleno de terror, amenacé, grité, supliqué y mentí para darte tiempo a ti y a tus discípulos de ponerse a salvo. Los paralicé con mis gritos; les decía: “ ¡Jesús no es una hechura de Satanás, sino que sencillamente, es un impostor, un advenedizo aficionado al dinero ajeno, como todos sus discípulos y yo mismo! ” (*Agitado.*) Y el enojo de la multitud se convirtió en asco y empezó la ira a vaciarse en burla, y de las manos se cayeron las últimas piedras: “ ¡No son dignas estas gentes de morir a nuestras manos honradas! ”, decían al mirarme correr el último en dirección a las colinas a reunirme con ustedes. (*Disminuye de golpe la agitación.*) Y llegué sudoroso y agotado, pero feliz. Pero... ¿qué encuentro en lugar de las palabras de gratitud y las felicitaciones? Un silencio glacial, y tú, Maestro, tú caminando aislado y enojado. (*Pausa.*)

Y Tomás, que caminaba rezagado, me reprochó la mentira: “Sí: he mentido —dije. Les di lo que necesitaban y ellos me han dado lo que pedí: la vida del Maestro. Además ¿qué es la mentira? ¿No hubiera sido la muerte de Jesús una mentira mucho más funesta? ” Y Tomás —jamás lo olvidaré—, dijo: “Obraste mal, Judas. Ahora sí creo que el diablo fue tu padre. El te ha inspirado.” (*Burlón.*) ¡Ah! Así que ha sido el diablo quien me ha inspirado... Pero ¿salvé o no a Jesús? Sí, ¿verdad? Luego, el diablo tiene interés en salvar a Cristo. Luego Jesús y la verdad son protegidos por el diablo. Satanás no es mi padre: lo es un macho cabrío. (*Pausa.*) Las piedras saben el mérito de mi labor. ¡Una sola de ellas vale por todas las oraciones! ” (*Pausa.*)

Y me fui. Me fui rezagando hasta perderme e ir a dormir bajo una gran piedra. Ya ellas me darían la fiesta que los discípulos me habían negado. (*Pausa.*)

Está bien... está bien... Tus discípulos son... unos perros. (*Con astucia.*) Ataré la cuerda al extremo de la rama. Así, si me engaña como ellos o como la montaña, si se rompe, me estrellaré contra las rocas.

Se desata la cuerda de la cintura. Hace acopio de fuerzas y comienza a subir el montículo hacia la rama. Desfallece y se resbala.

Judas: (Agotado.) Estoy cansado... muy cansado, ni siquiera las piedras se han quedado de mi lado. Ya no me festejan como entonces, como en aquella noche despejada y festiva, aquella en la que los chacales y las tarántulas compartieron mi despecho. (*Pausa.*) Cuando regresé, encontré a los discípulos en un recodo arbolado al borde de un precipicio. Jugaban lanzando piedras al abismo y reían y le llevaban al Maestro regalos. (*Pausa.*) ¿Recuerdas, verdad? (*Pausa.*) Esa noche, Tomás se acercó a mí y me preguntó calladamente “Judas, ¿estás llorando? ” (*Muy serio, al borde de las lágrimas.*) Y no fue sino hasta entonces que me di cuenta que era cierto. “No, Tomás, vete.” Pero Tomás no se fue. “¿Por qué no me ama? —dije. ¿Por qué ama a los otros? ¿No soy acaso el mejor? ¿Quién si no yo le salvó la vida, mientras los otros huían como perros cobardes? (*Pausa. Solloza.*) ¿Por qué no está con Judas, sino con los que no lo quieren? Juan le ofreció un lagarto; yo le hubiera llevado una serpiente venenosa. (*Llorando de rabia.*) Pedro lanzó gruesas piedras; yo, para agradar al Maestro, hubiera removido una montaña. ¿Qué es, al fin y al cabo, una serpiente venenosa? Se le arrancan los dientes emponzoñados y se la enrolla uno al cuello como un collar. ¿Qué es, al fin y al cabo, una montaña? ¿No puede acaso vaciarse con las manos y hollarse con los pies? Algo mejor le hubiera yo dado: ¡Le hubiera dado a Judas, al hermoso, al valiente Judas! Pero ahora Judas perecerá (*mirando al árbol*) y el Redentor morirá con él. (*Pausa.*)

Si alguien estuviera presenciando esta escena, estaría contemplando el verdadero sacrificio, la acción que le dará al hombre la noción de la esperanza.

Trata de subir el montículo de nuevo, pero continúa demasiado débil. Desesperado, arroja pedruscos y arena al árbol.

Judas: (Furioso.) ¿Crees, árbol, que me has vencido? ¿Crees que me salvarás aún? Me río de ti, como antes me he reído de las estrellas y de los charcos en que las mujeres lavan sus cabellos. Nada impedirá la total ignominia: ¡Nada! ¿Entiendes? Está en juego la Salvación y no habrá nadie que le impida a mi esqueleto irse a entretejer con el tuyo. ¡Nadie!

(Pausa.)

Y si un relámpago te segara de repente, o si de golpe te partieras por la raíz como el tallo de hierba que muerde el enamorado nervioso, o si este montículo se desinflara como una hogaza, aún así no vencerías. ¡Me hundiría entonces los dedos en la garganta hasta ahogarme con el vómito, o con las últimas fuerzas me arrojaría de cabeza contra las piedras, para que mi sangre espesa bloqueara todos los hormigueros!

(Pausa.)

¿Crees que temo a esta muerte? Si he pasado por todas... he sido accesible a todos los géneros de la muerte. La abeja me ha clavado su aguijón, el toro me ha corneado, la piedra me ha destrozado el cráneo y la enfermedad ha torturado mis entrañas; todas las flechas han volado hacia mi negro corazón y hacia mis ojos cerrados por el miedo; los ríos han alterado su curso y me han amenazado con sus ondas y el mismo océano me ha arrojado al desierto desencadenando contra mí abismos rugientes. ¡Mil muertes y mil tumbas! El desierto me ha enterrado en sus arenas y el viento ha prolongado sus risas y lamentos en el lugar donde dormían mis huesos; sobre mi pecho han gravitado las enormes montañas y han guardado en un silencio eterno el misterio de mi castigo; hasta el sol, origen de la vida universal ha quemado mi cerebro y ha dado grato calor a los insectos repugnantes aposentados en las cuencas de mis ojos. ¡No ha habido vileza, humillación ni agravio que no haya conocido el más bajo de los hombres!

Queda inmóvil, impotente. Cambia al recordar algo.

Judas: “Una higuera seca que es preciso derribar con el hacha.” ¡Eso has dicho tú de mí, Señor! ¿Por qué, entonces, no me derribaste cuando aún era tiempo? ¿No te atrevías, tenías miedo a Judas, al valiente y fuerte Judas? ¿O era parte de tu comparsa? ¿Por qué alimentaste mi odio con tanto esmero? ¿Sabías cuál era el detonador que me hacía estallar como un cohete, y lo pulsaste a tu gusto, prefiriendo siempre a los demás, a los traidores, a los mentirosos?

(Pausa.)

Por eso te robé, Señor. ¿Recuerdas? Tomé algunas monedas del cofrecillo a mí confiado y, Tomás, que casualmente las había contado en la colecta, denunció el robo. Todos se indignaron, menos tú. Dijiste que podía yo tomar cuanto dinero me viniese en gana. “Nadie debe contar el dinero que Judas colecta. Judas es nuestro hermano y suyos son, como nuestros, los dineros de la caja. Si de ellos ha menester, que tome cuantos se le antoje y sin que a nadie los pida. Judas es nuestro hermano y le habéis ofendido.” *(Pausa. Sonríe.)* Y todos los discípulos me besaron, pero fuiste tú quien dio el beso. Los otros no hicieron más que ensuciarme la boca. *(Pausa.)* Sentí claramente tus labios fríos, delatándome, traicionándome. *(Pausa.)* Estoy contento: todo ha salido a las mil maravillas. *(Pausa.)* En un beso está el reverso de la muerte, pero ambos son ejes de una misma rueda. Por eso tu silueta delgada me recordaba tanto la mentira. *(Pausa. Con orgullo y burla.)* “En la mañana me llamaron ladrón; en la tarde, hermano. ¿Cómo me llamarán a la noche? *(Pausa.)*

Música lejana de flauta. Judas pega la cara al suelo y habla:

Judas: Cuando el viento sopla furioso, esparce las inmundicias. Los imbéciles se tapan la cara y exclaman:

“ ¡Qué viento! ”

Y no es, sin embargo, sino basura, porque el viento va mucho más lejos. Se lleva lo penoso, aquello que está demasiado cargado de emociones, al fondo de los barrancos. Ahí, las piedras se alimentan y fortifican. Ahora ya no podré ir a esos parajes a llenarme de sus historias, ya no podré ponerme a *recordar* con las piedras y a esperar con ellas el retorno de mi amigo. Existe un espejo que me ha visto por última vez, hay una copa que ha sido ceñida para siempre por mis dedos y un cepillo se ha quedado con mis últimos cabellos. Sin embargo, el mundo no olvidará. Se olvida más pronto el bien que el mal. En medio de su vergüenza, estará el miedo secreto, su agradecimiento y la eternidad.

La música se va diluyendo lentamente. La luz ha perdido el amarillo: atardece.

Judas: Si no hubiera robado de tu caja, Señor, no hubieran tenido ocasión tus discípulos de ejercer esa furia que funda imperios, esa fuerza que modifica el cauce de los ríos. No hubieran tenido oportunidad de ser ellos mismos. Sin saberlo, al atacarme estaban obedeciendo tus palabras ocultas, aquellas que van entre líneas y que sólo los avezados como yo podían entender. Soy —o cuando menos lo era entonces—, un clavo en el que uno de ellos colgaba su virtud y el otro su inteligencia —ambas roídas por la polilla— para airear una y otra.

(*Pausa.*)

Sonido de viento en aumento.

Judas: Señor: temo menos a tu ira que a tu indiferencia. Sé que estás junto a mí, que tu mano sostiene esa rama para que no vaya a romperse al recibirme. Y sé también que me observas como un aprendiz la labor del artesano, pero también como un padre ante los primeros pasos de su hijo. Escúchame ahora con la misma actitud que yo, cuando te oía comenzar una plática. (*Se anima. Actúa lo que va diciendo.*) Entonces me sentaba en un rinconcito, desde donde mi mirada de cíclope no te turbara, cruzaba las manos y te miraba horas enteras. Nadie te escuchaba como yo, tú lo sabes, porque sentías que tus palabras iban cayendo en mi vacío sin esperanza de irlo a colmar alguna vez, y eso te incomodaba. (*Pausa.*) Luego, cuando habías terminado tu charla y te retirabas a mirar las estrellas —no querías que nadie te interrumpiera en esas ocasiones—, los demás discípulos se acercaban a mí y me preguntaban. Para todos tuve siempre respuesta y siempre di necedad por necedad. A Juan respondí: “Sí, Juan, tú entrarás el primero con Cristo en el reino de los cielos”; y a Pedro: “Tú serás el primero, no lo dudes”; y al buen Tomás: “Los menguados confían en todo el mundo, pero el juicioso mira bien por donde camina.” A Mateo, que sentía vergüenza por gustar del buen comer: “Come el justo según le pide el cuerpo, mientras que el malo, jamás se siente saciado.”

(*Pausa. Amargo.*)

Y luego abandonaba a esos necios, regodeándose con mis frases y me iba a la ladera, a mirarte meditar sentado sobre una roca. Y cuando no te encontraba, trepaba a la azotea y me sentaba sin ruido. . . a esperar.

(*Pausa.*)

Sólo una vez me acerqué a ti, Señor, cuando meditabas. Aún a pesar de tu suave pero firme prohibición de que se te interrumpiese, me aparecí de repente ante ti, y el ruido sobre la grava te hizo volver la mirada dulce y sin reproches. Y las palabras se me anudaron en la lengua y salí corriendo. ¿Qué iba a decirte? ¿Qué palabras mías hubieran roto ese silencio maravilloso? (*Pausa. Con énfasis.*) Pero en esa mirada obtuve todo lo que quería, aunque yo mismo no supiera que era esto. En esos ojos leí. . . (*Cambio. Poseionado, escupiendo las palabras.*) “¿Sabes qué voy a hacer, Señor? ¡Voy a poner-

te en manos de tus enemigos! ” *(Pausa. Sostiene la actitud.)* “ ¿No contestas, Señor? ¿No vas a reñirme por haberte interrumpido? ¿No merezco una sola palabra tuya? *(Con enojo.)* ¿Me relevas? *(Pausa.)* “Permite que me quede. . . ¿acaso no puedes? *(Pausa.)* ¿O es que no te atreves? ¿O simplemente no quieres? ” *(Pausa.)* “Y sin embargo, sabes que te amo. Por qué pues, miras a Judas de ese modo? ” *(Se le cortan las palabras, respira agitado y va tranquilizándose.)* “Grande es el misterio de tus ojos, pero. . . ¿es menos profundo el mío? Dime que me quede, que todo ha sido una pesadilla, una prueba, una ilusión, y que ya ha pasado.” *(Pausa. Triste.)* “ ¿Por qué te callas siempre? Te he buscado en la angustia y en el dolor, he acariciado tu silencio, he acechado tus más triviales palabras y te he seguido en tus paseos solitarios con la esperanza de que, en un momento determinado, volvieras la cabeza y tendieras la mano hacia mi torpe escondite.” *(Pausa.)* “ ¿Sálvame, Señor! ¿Líbrame de mí mismo! Quítame de encima esta carga. . . esta carga más pesada que el plomo, más pesada que esa montaña coronada por una nube que yo hubiera puesto a tus pies! ¿No oyes. . . no sientes cómo cruje, bajo ese peso, el pecho de Judas Iscariote? ”

(Pausa larga.)

Se inicia un sonido muy agudo que va aumentando al tiempo que la luz se desvanece hasta quedar solamente una luz cenital en la cara de Judas. Cuando el sonido es más intenso. Judas grita:

Judas: ¡Está bien! ¡Está bien! ¡Voy a entregarte!

Corte súbito del sonido. Luces generales y se apaga la luz cenital. Judas queda muy tenso, pero va cambiando hasta reír a carcajadas.

Judas: (Riendo.) ¡Bueno, bueno! ¡No jugaré tu juego! ¡No jugaré más! *(Se va tranquilizando.)* No, no te impacientes, te lo suplico. Un gran embustero merece un gran coro de risas en los oficios de su muerte. *(Queda serio. Mira al árbol.)* ¿Sabes? Durante toda la noche mi cuerpo se balanceará encima de Jerusalén, y esta muerte sagrada no será dolida por nadie. No estará una madre doliente a mis pies, ni las lágrimas de las mujeres suavizarán mi muerte. No se harán las tinieblas a la mitad del día ni descargarán las nubes su furia sobre la tierra. *(Pausa.)* El viento me volverá la cara, unas veces hacia la ciudad, otras al desierto, como si quisiera que viesan alternativamente mi cara la ciudad santa y el espacio desolado. Pero a cualquier lado que el viento virase mi cuerpo, estará invariablemente mi cara mirando al cielo.

Judas trata de subir la pirámide, pero las piernas no le responden, y, balbuceante, parece un niño impedido de caminar y de ponerse en pie. Se derrumba impotente y llora. Aumenta el sonido de viento.

Judas: (Levantando la cabeza, hiriente.) Cuando Anás, el viejo sacerdote orgulloso, me oyó hablarle de ti, Señor, fingió no conocerte, y yo fingí creerle y le hablé con muchos detalles de tus prédicas, de tus milagros, del odio que sentías contra los fariseos y contra el templo, de las leyes que constantemente violabas, y agregué que tenías la intención de arrancar el poder al sacerdocio y de crear un nuevo reino. Y Anás me oyó mucho tiempo, pero nada prometía en firme. *(Sonríe.)* Como si yo no supiese que ya hacía tiempo que te vigilaba y que tu suerte estaba ya dedicada en los secretos conciliábulos que hacía con sus partidarios. Pero el viejo sacerdote temía que el pueblo se alzase en tu defensa, no quería que interviniesen las autoridades romanas y que la persecución aumentase el número de tus adeptos. Tenía miedo de fertilizar con tu sangre el terreno de la nueva doctrina.

(Pausa.)

Anás nada dijo en aquella ocasión. Me fui sin haber podido arrancarle una respuesta. Pero volví una, dos, diez veces, hasta que el viejo Anás, nervioso y abrumado, fácil presa de mi labor medida y sutil, terminó por preguntarme con mal fingida indiferencia: “Y... ¿cuánto quieres por Jesús?” Y yo respondí inmediatamente: “¿Cuánto me darías?” “¿Todos son unos miserables!” —rugió; y luego, con voz temblorosa dijo la cantidad, aquella que ya flotaba en mis oídos desde el principio del tiempo:

Sonido grave que aumenta. Al llegar al clímax, Judas habla.

Judas: “Treinta monedas de plata.”

Corte súbito del sonido. Judas continúa.

Judas: (Se agita y ríe.) “¡Por Jesús! ¡Treinta monedas de plata! ¿Por Jesús de Nazareth? ¿Quieres comprar a Jesús de Nazareth por treinta monedas de plata?” (Se pone serio.) “¡Sí! ¡Treinta dineros!” —dijo. “Y si no te acomoda, vete. Ya encontraremos otro que nos lo venda más barato.” (¿Qué bien actuaba su papel!) —pero yo no me quedaba atrás—: “¿Y su bondad? ¿Y su don de curar a los enfermos? ¿No es eso nada? ¿Contésteme francamente! ¿No vale nada? Y su juventud... ¿y su belleza? (Porque es hermoso... ¡es hermoso como el valle, como las estrellas!) ¿Tampoco eso vale nada? (Cambió. Apenas aguantando la risa, vocifera): ¡Socorro! ¡Oíd todos! ¡Anás quiere robar al pobre Judas! ¡Socorro! (Riendo.) Y Anás gritaba: “¡Vete! ¡Vete! ¡Otro nos servirá!” “¿Qué es eso? ¿He dicho acaso que no? ¡Ya sé que otro puede venir y entregar a Jesús por quince monedas, por dos o por una!” (Sonriendo maliciosamente.) “No he dicho que no...”

Del telar cae una bolsa de terciopelo rojo diseñada de la siguiente manera: parte del forro interno está llena de monedas metálicas, cosidas de tal manera que no pueden salir de la bolsa. En el interior, hay otro tanto de monedas hechas de material ligero, que serán las que, a su tiempo, saque Judas y las arroje. (Así que al caer produce ruido metálico.)

Judas: Anás lanzó la bolsa (se arrastra hasta recogerla) y yo recogí y conté y reconté y mordí una a una para ver si eran buenas. (Lo hace.) Luego salí de la ciudad y escondí la bolsa bajo una piedra. (Mima guardar la bolsa bajo una piedra. Se arrastra hasta proscenio.) Cuando regresé, Jesús dormía con la mejilla apoyada en la pared. Avancé sin ruido, con la tierna solicitud de la madre que teme despertar a su hijo enfermo, con el asombro de una fiera salida de su cueva y a la que un relámpago encantara de repente, y toqué los cabellos sudorosos. (Alarga la mano temblorosa hacia el público, fija la vista en un punto fijo delante de ella. La retira enseguida, electrizado, se lleva las yemas ante los ojos, y con gesto idiotizado las huele y las toca suavemente con la lengua.) Y con ese sabor en los dedos me fui a la azotea y me arañé la cara y les lancé piedras a las estrellas.

Se arrastra al pie de la pirámide, toma la cuerda en las manos, la observa.

Judas: Y luego, en los Últimos Días, Señor, te cubrí de regalos y te los hacía llegar con las mujeres. Me hice su amigo, y si antes las despreciaba, ahora era su aliado y las divertía para que contestaran a mis preguntas. Le daba dinero a María de Magdala, a quien amé siempre en secreto, para que comprara ámbar y mirra de mucho precio, el perfume que tanto te gustaba y le pedía que ungiera tus pies con él. En las áridas aldeas, te hacía llegar lirios; por primera vez tomaba yo en brazos a los chiquillos que encontraba en la calle y se los daba a las mujeres y les pedía que te los llevaran, que los sentaran en tus rodillas para que te sonriesen y te besasen, aquello que tanto te alegraba. Y de noche, cuando con las sombras venía el miedo a montar guardia bajo las ventanas, hacía yo

que la conversación recayera sobre Galilea, con sus ríos apacibles y sus verdes praderas que yo no conocía, pero que te eran tan agradables, y tú escuchabas á Juan o a Pedro con tan apasionada atención, que entreabrías la boca, como un niño. Y animados por mí. Pedro rememoraba aquellos parajes y te hacía reír. Luego, todo el mundo se iba a dormir y tú besabas a Juan por esas imágenes tan gratas, y yo no me enojaba ni sentía celos, y si me apresuraba a ir hasta tu lecho mientras no me veías, y mezclaba un lirio entre la paja, para que su perfume suavizara tu descanso.

(Pausa.)

Pero también velé por ti de otra manera. Te aconsejaba siempre que no fueras a Jerusalén, te hablaba del peligro, del odio de los fariseos y de Anás mismo hacia tu doctrina; prevenía a tus discípulos diciéndoles: ¡Hay que velar por Jesús! ¡Hay que velar por Jesús! ¡Cuando llegue la hora, tendremos que defenderlo! ” Y hasta robé dos espadas a los soldados romanos, y se las llevé y los Apóstoles no quisieron guardarlas.

(Pausa. Con rencor):

Luego, después del día, el día de tu muerte terrena, tus discípulos recordaron lo de las espadas y dijeron que yo abrigaba el plan de empujarlos a la lucha desigual y a la muerte. (Pausa.) ¡Necios!

Reacciona. Cambia, trata de lazar la raíz del árbol para llegar hasta él.

Judas: Pero una mañana, un caminante o un pastor de paso con su rebaño, mirará en la altura mi cuerpo balanceándose colgado, como suspendido sobre la ciudad, sobre el tiempo mismo, deformado e inflado por la muerte, y lanzará gritos de espanto.

Sonido de viento.

Judas: Señor: escúchame ahora. Solo tú puedes comprender mi infinito cansancio, mi indignación. Tus discípulos han comido, han bebido, se han entregado al sueño, han dejado entre las piedras sus deyecciones. Sus corazones aún se mueven, aún respiran esas narices orgullosas el aroma de los lirios que tanto te gustaba. Bajan de su casa a la ciudad y no miran a la gente a los ojos. “Pero Judas —dirían ellos—, pides cosas imposibles. Reflexiona: si hubiéramos muerto todos, ¿quién hubiera llevado a los hombres Su Evangelio? Si todos nosotros hubiéramos muerto, Santiago, Tomás, Pedro, Juan. . .” ¡Necios! ¡Y qué es la verdad misma en boca de los traidores? ¡No se convierte en mentira? ¡No comprenden que ahora guardan solamente la tumba de la Verdad muerta, el cascarón del que se ha evaporado la yema? ¡Creen que la Verdad necesita de sus bocas para germinar entre los que duermen? ¡No ven que su odio es ahora caridad deformada? ¡Ciegos! Cuando duerme el guardián, llega el ladrón y se lleva la esmeralda. ¡Me dirán los Apóstoles dónde está la Verdad ahora? Con tristeza lo digo: sean malditos y pobre su posteridad.

(Pausa.)

Sonido de truenos lejanos.

Judas: (Sonríe tristemente.) Y entraste en Jerusalén, Señor, montado en un asno, y la gente te acogió con gritos de bienvenida, y te lanzaron flores y dejaron en tu camino sus vestiduras gritando: “¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Bienvenido el que llega en nombre de Dios!

(Pausa.)

Y el miedo de tus discípulos se disipó, y esa noche Pedro cantó y abrazó a todos, hasta a mí. Y yo tuve miedo. Llevé a Tomás aparte y le pregunté: “Oye, Tomás, ¿y si El tuviera razón? ¿Y si tuviese la roca firme bajo sus plantas y yo arena solamente? ¿Qué sucedería entonces?” Tomás no comprendía. “Te pregunto, Tomás: ¿Qué sería entonces de Judas Iscariote? Entonces, para que la Verdad triunfara, para cumplir mi

misión, me vería obligado a ahogarle yo mismo con mis manos.” (Se ve las manos horrorizado. Con fervor):

¿Quién engaña a Judas? ¿Vosotros o Judas mismo? ¿Quién engaña a Judas y lo lanza al pantano o a las arenas movedizas? ¿Quién? (Pausa.)

Entonces, si nada pasara, ¿Judas ya no existiría! Y entonces tampoco Jesús existiría. . . (Cambio. Vuelve a dirigirse a “Tomás”.) “Estúpido Tomás, ¡óyeme! ¿No has tenido tú nunca el deseo, la necesidad de asir la Tierra, levantarla en alto y arrojarla luego?” Tomás me veía muy azorado. “No, es posible, Tomás, y el día menos pensado, cuando tú, necio Tomás, estés durmiendo, la levantaremos nosotros. (Sonríe.) No, no tengas miedo, Tomás, es una broma. Ahora vete a dormir. Duerme apaciblemente. Es muy divertido verte dormir, Tomás, ogro apacible: tu nariz canta como una avestruz galilea.”

La luz continúa perdiendo brillantez. Atardece.

Judas: (Con miedo.) Y la hora de la última cena sonó. La atmósfera estaba cargada de tristeza, de una tristeza muy especial, muy profunda, muy profunda. . . el corazón mismo de la existencia. Una tristeza azul y dorada venida de lo más recóndito de esos ojos serenos. Ya se habían oído las palabras indecisas que tú pronunciaste sobre aquel que iba a traicionarte. Tomás, junto a mí, me preguntó: “¿Sabes quién va a venderlo?” Y yo respondí con la mayor veracidad: “Claro que lo sé, Tomás: Tú, serás tú quien lo entregue. (Triste.) Pero ni El mismo cree lo que dice. Todavía es tiempo. ¿Por qué no llama a Judas a su lado. . . al fuerte, al valiente Judas?”

(Pausa.)

Y en el Huerto de los Olivos dijiste: “Quien tenga una bolsa que la tome; quien tenga un saco que lo tome también; que el que no tenga espada venda su hábito y la compre. . . Porque os digo que tienen que cumplirse conmigo aquellas palabras: Fue puesto en el número de los malhechores.” (Sonríe con amargura.) ¿Ves, Señor, qué bien lo recuerdo? (Aumenta la tensión. Explota con angustia): ¿Ves qué bien lo recuerdo todo? (Pausa. Respira agitado. Va quedando inmóvil. Recarga la cabeza en la pirámide.) Y durmieron tus discípulos sin poder velar contigo. Y el despertar les separó el espectáculo de tu aprehensión. (Abre mucho los ojos. Tiembla.) “Aquél a quien bese, El es. Apoderaos de su persona y lleváoslo; pero con cuidado. Con cuidado y precaución ¿lo oísteis?”

(Pausa. Se agita.)

Y fui hasta ti y te besé, Señor. Y sentí en los labios el golpe frío de la mejilla. Y ese beso fue tan tierno, tan suave, tan lleno de angustia y de amor doloroso, que si tú hubieras sido una pequeña flor en equilibrio sobre su tallo frágil, tal contacto no la habría quebrantado y las gotas de rocío hubiesen permanecido intactas en la urna de gasa de los pétalos.

Judas ha dicho lo anterior con ternura creciente, mirándose las manos. De pronto se escuchan relámpagos y viento muy fuerte. La luz parpadea y se escucha la voz:

Voz de Judas: ¡Sí! ¡Sí! ¡Con un beso de amor te entregamos! ¡Con un beso de amor te damos a la humillación, al dolor, a la muerte! ¡Con la voz del amor llamamos a los verdugos, ocultos en sus sombrías guaridas y con amor levantamos la cruz para ti!

Al oír la voz, Judas se tapa los oídos, se agita violentamente. Cuando ésta termina, cesan los relámpagos y el parpadeo, quedando el sonido de viento únicamente.

Judas: (Inerte.) Y la espada que les di a tus discípulos, y que Pedro terminó por cargar a la

cintura, cayó al piso y a nadie se le ocurrió levantarla. La olvidaron y la pisaron; mucho tiempo después, la encontraron unos niños y se pusieron muy contentos a jugar con ella.

(Pausa.)

Y tus discípulos huyeron. Y Pedro, que se topó conmigo, me gritó con asco: “¡Aléjate de mí, Satanás!” Poco después, la misma boca diría en voz muy alta: “No, no le conozco. . . No, no sé de qué me habláis.” Y yo, que rondaba la casa de Anás, donde estabas prisionero y pasó esto, dije para mí: “Bien, muy bien, Pedro. No cedas a nadie tu puesto al lado de Jesús.” *(Pausa.)* Y vagué sin cesar las paredes de la cárcel y no volví a ver a ninguno de tus discípulos. Hasta que oí risas y me pegué a la pared del cuerpo de guardia, me estiré, apliqué el ojo a la ventana, a las rendijas de la puerta y vi, en la habitación estrecha, vi cómo te pegaban, cómo lanzaban tu cuerpo de un extremo a otro, cómo tú no gritabas ni te resistías, y no parecías sino un muñeco lleno de salvado, sin hueso ni sangre. Pero sí la tenía: la sangre salpicaba el piso lleno de salivazos y las paredes mugrientas. Y de pronto se hizo el silencio. *(Respira agitado: con terror.)* ¿Habrían comprendido acaso? En un segundo mil rugidos furiosos me llenaron la cabeza. ¿Habrían adivinado? ¿Por qué se callaban de repente, habrían comprendido que tenían ante ellos al hombre, al mejor hombre de la tierra, al único? ¿Es que era cosa tan evidente, tan fácil de adivinar en esos ojos luminosos y tranquilos aún en medio del oprobio! ¿Por qué se habían callado? ¿Estaban acaso postrados ante Jesús, llorando y besándole los pies? ¿Iba a salir Jesús seguido de sus perseguidores, sumisos y devotos? ¿Vendrías hacia Judas, Señor, triunfante, dueño de la Verdad, héroe, Dios?

(Pausa. Demente.)

¿Quién engaña a Judas? ¿Quién? *(Suspense.)* Pero no. . . los gritos y el tumulto han vuelto. Te pegan de nuevo. *(Pausa.)* Y te pegaron hasta el nuevo día. Y las gentes que pasaban por la calle ante las paredes de la cárcel, decían al verme pegado siempre a las rendijas, con asco, con horror: “Miren, ése es Judas, sí. . . Judas, el traidor. . .”

(Pausa.)

Y nadie oyó con mayor atención que yo, cuando Caifás te interrogaba, y luego, en casa de Pilatos, nadie examinaba los rostros con más detenimiento que yo. Así es. . . así es. Todo ha concluido. . . Esos, los que han gritado ¡Hosanna! , van a empezar a gritar: “¡Hey! ¿Qué haces con Jesús? ¡Jesús es nuestro!” Todos comprenderán de repente y todo habrá terminado. *(Pausa.)* Pero no. . . están indiferentes, algunos abren la boca y parecen querer atrapar una sonrisa desdeñosa. *(Pausa.)* Y luego, cuando Pilatos te puso ante el pueblo, y yo te veía de pie, al borde de una eminencia pequeña, esperando con tal calma, tan radiante en tu pureza y en tu inocencia, que sólo un ciego no lo hubiera visto, sólo un loco no lo hubiera comprendido. Pero la multitud agitaba los puños y gritaba: “¡Crucifícale!” Y Pilatos se lavó las manos, y el suplicio comenzó. *(Pausa.)*

Y te seguí, Señor, y era como si yo cargase una cruz aún más pesada que la tuya. . . Y en un momento favorable, llegué hasta ti y te murmuré rápidamente: “Estoy contigo.” Me apartaron con un golpe los soldados, pero me levanté y te dije: “Voy contigo. . . allí, allí, ¿me comprendes?” Y me sacaron de la fila y se rieron.

Pausa. Poco a poco, las luces van disminuyendo, y con proyección de luz se va creando la figura de la cruz sobre la pared de fondo y el piso, pasando sobre la figura de Judas. Esta aparición se subraya con un sonido grave.

Judas: (Angustiado.) Y el martillo se levantó para clavar en el leño tu mano izquierda. Y ahí cerré los ojos y quedé como muerto, pequeñito, aislado de la multitud ardida y silenciosa.

Un sonido seco (el golpe del martillo en el clavo).

Judas: El hierro chirrió. Estaba clavada una mano. No era tarde todavía. (Silencio.)

Segundo Golpe.

Judas: Clavaron la otra mano. Pero no era tarde aún. Enseguida un pie y luego el otro. (Tercer y cuarto sonidos.) ¿Habría concluido todo? Abrí los ojos y vi la cruz alzarse y clavarse en un hoyo. Vi tenderse tus brazos, vi agrandarse las llagas, vi el vientre deshinchado subirse a las costillas, vi los brazos estirarse, alargarse, desarticularse por los hombros. Pero aún no tenía la certeza de mi triunfo. ¿En cualquier momento podrían comprender! ¿Y si el pueblo se diera cuenta de repente? ¿Y si de golpe, en una masa imponente mujeres, hombres y niños barrieran a los soldados y los ahogaran en sangre, si arrancasen la cruz maldita, si las manos alzasen muy alto, a todas las miradas, a Jesús libertado?

(Pausa.)

Con terror se hace ovillo y habla temblorosamente. Continúa la proyección de la cruz.

Judas: Y me tiré a la tierra y me pegué a ella, castañeteando los dientes como un perro, esperando, y todas las fiebres las tuve en la frente y parecía que la tierra misma viraba y era ella quien se pegaba a mí y yo quien la sostenía.

Sonido de truenos en aumento cada vez. Judas se ve obligado, al llegar un momento, a gritar.

Judas: Y el tiempo se detenía por momentos casi por completo, casi hasta hacer sentir la necesidad de empujarlo con la mano, de darle un puntapié o un latigazo como a un asno perezoso. (Pausa.) María Magdalena lloraba. La madre de Jesús lloraba también. ¿Qué importaba! Y yo apretaba los ojos y veía explosiones de luz y rayitos delgados y venosos en los párpados. (Aumenta el furor del sonido.) Y de pronto gritos y murmullos. ¿Qué pasa? ¿Han comprendido al fin? ¿La multitud te descuelga con lágrimas de furia? No. . . Te mueres. Tus piernas tiemblan aún y el pecho y el semblante; pero las manos están inmóviles. (Mira al foco del que parte la proyección.) ¿Es esto posible? (Relámpago.) ¡¡¡Si esto es posible, entonces es posible todo!!!

(Pausa. Enloquecido.)

Sí: te mueres. . . la respiración se acorta. . . se detiene. No: un suspiro más. . . Aún está Jesús en la Tierra. . . (Relámpagos.) Jesús aún vive. . . Aún es tiempo. . . todavía hay esperanza. ¿La hay? (Con espanto.) ¡No! ¡No! ¡No! (Relámpagos.) ¡Jesús ha muerto!!! ¡Todo se ha consumado!

¡Hosanna!

¡Hosanna!

¡¡¡¡Hosanna!!!!

Corte súbito de los relámpagos. La luz vuelve a ser normal, y se borra la cruz. Queda únicamente el sonido de viento. Judas permanece hecho ovillo un momento, luego se extiende y habla mirando al cielo.)

Judas: (Solemne.) Hoy he visto el sol lívido. Miraba la tierra con espanto y decía: “¿Dónde está el hombre?” Hoy he visto al alacrán; descansaba sobre una roca y, riendo, decía: “¿Dónde está el hombre? No lo veo. . . ¿Dónde está?” Hoy el águila ha surcado los cielos y ha preguntado a las nubes qué pasó con el hombre. (Al público.) Yo no lo veo. . . decidme: ¿Dónde está? ¿Se habrá quedado ciego el pobre Judas? , ¿el pobre Judas Iscariote?

(Pausa. Triste.)

Tu cuerpo era como la tierra misma. Era el sol y era todas las estrellas y los huecos misteriosos que cada una ocupa. Y tu madre lloraba y yo le dije, acercándome suave-

mente: “¿Lloras, madre mía? Lloras, llora pues; todas las madres mezclarán sus lágrimas con las tuyas. . . hasta el día en que volvamos Jesús y yo para aniquilar la muerte.”

Música lenta.

Judas: Y ya no habrá lágrimas y no habrá dolor, y las niñas llevarán coronas de flores en la frente y los hombres le cantarán a la Tierra fecunda y todos juntos beberán en la copa de esmeralda el vino sagrado de la redención.

La música va disminuyendo hasta desaparecer. La luz continúa bajando. Queda el sonido de viento muy bajo. Judas está tranquilo, y juguetea con la cuerda haciendo nudos. Luego la mira muy serio y se pone a hacer un nudo corredizo.

Judas: Y riendo y saludando sin cesar, me presenté ante el Sanhedrin, y los jueces que te habían matado, estaban ahí: estaban Anás y Caifás orgullosos de su poder y de su ciencia, y era como si yo fuese un fantasma porque no me veían y parecía que no había nadie ante ellos. “¿Qué quieres?”, preguntó al fin Caifás impacientado. “Soy Judas Iscariote —contesté. El que os ha entregado a Jesús de Nazareth.” “¿Y qué?” —dijeron. “Ya has recibido tu paga, vete.” Pero yo continué saludando y riendo afectuosamente. Al fin preguntó Caifás a Anás: “¿Cuánto le diste?” “Treinta monedas de plata.” Y Caifás soltó la carcajada, y luego todos en coro se rieron de mí. “Sí, es muy poco —dije yo—, pero Judas no está descontento. Judas (*sonriendo maliciosamente*) está satisfecho. ¿No ha servido a una causa santa? Sí: santa. ¿Y los más sabios no dicen: Judas Iscariote es nuestro hermano y nuestro amigo? ¿Y no siente Caifás el deseo irresistible de arrodillarse y de besar la mano de Judas? Pero Judas no se lo permitirá, porque Judas es un cobarde y tiene miedo de ser mordido.” Caifás gritó: “¿Vete de aquí! ¿No tenemos tiempo para tu charla!” Pero yo no me fui. No, no todavía. “¿Quieres que te echen a palos?”, gritó Caifás. Y yo: “Sabéis. . . decidme, ¿sabéis quién era el que habéis crucificado ayer?” “Lo sabemos. Vete.” (*Serio.*) Con una sola palabra iba yo a desgarrar la tenue venda que les velaba los ojos y toda la tierra iba a estremecerse bajo el peso de la verdad implacable. ¿No, no tenían tiempo, no les quedaba nada! (*Pausa.*) “¿Jesús no era un impostor! —grité. Era inocente y puro. ¿Oís? Judas os ha engañado: os ha entregado un inocente. ¿Habéis matado a un inocente!” (*Pausa.*) Anás bostezó y Caifás dijo a los demás, divertido: “¿Y se atreven a hablar de la inteligencia de Judas Iscariote! ¿Sí, es un imbécil, un imbécil fastidioso!” “¿Pero cómo! —exclamé yo. ¿Pero es que sois vosotros los inteligentes? Pues bien, Judas os ha engañado. ¿No ha traicionado a Jesús, es a vosotros, los sabios, los poderosos, a quienes Judas ha entregado a muerte infame, a muerte eterna!”

(*Pausa.*)

“¿Treinta dineros! ¿Sí! Ese es el precio de vuestra sangre, de vuestra sangre impura como el agua que las mujeres vierten en la calle a la puerta de su casa. ¿Ah! Sumo Caifás, insensato, orgulloso pozo de ciencia. . . ¿no habéis dado una moneda más? ¿En ese precio serás tasado por toda la eternidad!”

(*Pausa.*)

“¿Fuera de aquí! —rugió Caifás, pero Anás le detuvo. Con la misma indiferencia, me preguntó: “¿Has acabado ya?” Pero no hice caso de su trampa y continué: “Si voy al desierto y grito a los animales: ¿Sabéis a qué precio han tasado los hombres a su Salvador? ¿Qué harán? Saldrán de sus cubiles y rugirán de rabia; olvidarán su temor al hombre y vendrán a devoraros. . . Si digo a las montañas y a la mar: ¿Sabéis a qué precio han tasado los hombres a su Dios? ¿Entonces la mar y las montañas abandonarán sus lugares, rodarán hasta aquí y se desplomarán sobre vuestras cabezas!” En ese momento, Caifás hizo un gesto desdeñoso, y declaró: “Creo, en efecto, que no se te ha pagado bastante, Judas, y eso es lo que te trastorna. Aquí tienes más dinero tómalo y dáselo a tus hijos.”

Del telar comienzan a caer monedas metálicas. Judas las recibe con expresión enloquecida, va hasta la bolsa de terciopelo rojo, la sostiene, la abre, saca las monedas ligeras.

Judas: Y Caifás dejó caer las monedas, y no se había apagado el sonido cuando otro lo prolongó; era Judas que arrojaba a puñados monedas de plata a la cara del sacerdote y de los jueces (*lanza las monedas ligeras hacia el público*). Era Judas, ¡Judas! , que devolvía el precio de la traición. Y les caían como un chubasco, en las caras, en los cuerpos, en las manos que querían proteger los semblantes.

Cesan de caer las monedas del telar. Judas se deja caer inmóvil.

Judas: Y cuando corría por las calles asustando a los niños, me decía: “Ya está. . . ya está. . .”

(Pausa.)

Creo que has llorado. Judas. ¿Estaría Caifás en lo cierto al decirte tonto? El que llora el Día de la Venganza Plena, es indigno de ella. No, Judas, no permitas que tus ojos te engañen. La traición es una forma de la poesía, no permitas que tu corazón te mienta. La mentira es la forma más bella de la realidad. ¡No riegues el fuego con tus lágrimas, Judas Iscariote!

Música de Rock lento. Mientras Judas trata, sin desesperación, de subir la pirámide.

Judas: Mi cuerpo colgará, sabio, bendecido por la carroña, nuevo y hermoso. Y acudirán gentes, descolgarán al ahorcado y, al saber su nombre, le echarán al profundo barranco, aquel donde se pudren gatos y otras carroñas. Y los buitres festejarán su carne gorda con alegres picotazos, y la tierra se cimbrará, y la noche se vendrá en medio del día y los grillos y las tormentas se callarán con ellos en honor de Judas Iscariote.

Muy débil, apenas ha conseguido quedar colgado de una de las caras inclinadas de la pirámide. Comienza a hablar en esa postura, y luego se soltará y deslizará hasta el suelo.

Judas: Cuando oigan de mi muerte, los discípulos romperán su melancólico silencio, y pondrán la misma cara espantada y miedosa que cuando irrumpí en su casa, hoy, hace poco. Cuando la luz súbita dejó de deslumbrarlos, Pedro levantó las manos y exclamó: “¡Vete de aquí, traidor! ¡Vete o te mato!” Pero cuando vieron más atentamente la cara del Iscariote, murmuraron entre sí: “Déjenle, déjenle. Está poseído por el demonio.” Y yo dije: “Alégrense, ojos de Judas Iscariote. Acabáis de ver a los impasibles asesinos, y ahora se hallan delante de ustedes los cobardes traidores. ¿Dónde está Jesús? Os pregunto: ¿Dónde está el Maestro?” Y Tomás contestó: “Bien lo sabes tú, Judas, nuestro Maestro fue crucificado ayer tarde.” “¿Y lo habéis permitido? —pregunté. ¿Dónde estaba vuestro amor por Él? ¿Preguntándose sin cesar qué hacer? Cuando se ama, sabedlo, no se pregunta qué hacer. Se va y se obra. Se llora, se muere, se ahoga al enemigo. ¡Se le rompen los huesos a dentelladas! ¡Cuando se ama! Si tu hijo se ahoga, ¿vas a la ciudad a preguntar qué hacer? No: te echas al agua ¿no? ¿No te ahogas al mismo tiempo que tu hijo?” Enojado, dijo Pedro: “Saqué la espada, pero Él me dijo que la dejase.” “¿Y le escuchaste? —pregunté. Pero Pedro, piedra, ¿cómo pudiste obedecerle? El no conocía nada de los hombres ni de su lucha.” Pedro contestó: “Quien le desobedezca irá al fuego del infierno.” “¿Y por qué no fuiste, Pedro? —le pregunté. ¿De qué te sirve tener un alma si no puedes arrojarla al fuego cuando lo desees?”

(Pausa. Ríe.)

Y Juan se levantó gritando: “¡Cállate! El mismo quiso sacrificarse. ¡Y su sacrificio es maravilloso!” “Pero Juan ¿es que hay sacrificios maravillosos? —pregunté. ¿Qué dices, Juan, discípulo favorito? Cuando hay una víctima, hay también verdugos y trai-

dores. Es sacrificio para uno solo y vergüenza para los demás. ¡Traidores! ¡Traidores os digo! ¿Qué habéis hecho de la Tierra? Ahora se la mira desde arriba y desde abajo, y se ríe y se clama: “¡Mirad esa tierra en que han crucificado a Jesús!” Y se escupe en ella, como yo lo he hecho. Y Juan dijo: “Jesús ha tomado sobre sí todos los pecados del mundo. Su sacrificio es magnífico.” “No —dije. Sois vosotros los que habéis cargado con todos los pecados del mundo, y ahora no sabéis qué hacer con ellos. En vosotros empieza la raza de los traidores, la estirpe de los pusilánimes, la rama de los embusteros: ¡el rebaño! Todos los pecados del mundo no valen juntos, por ese único, solitario pecado que había que lavar y que El ha comenzado y que yo terminaré de lavar ante vuestras narices. Vosotros no habéis hecho otra cosa que querer conducir a la Tierra a su perdición. Pronto llegaréis a besar la cruz en la que habéis crucificado al Mejor de Todos. Sí: besaréis la cruz: *(Al público.)* ¡Judas lo predice! *(Pausa.)* Decís que el Maestro os ordenó no matar, pero, ¿os prohibió también morir? ¿Por qué estáis vivos cuando El ha muerto? No sabéis que estás a duermevela, y que a eso llamáis vida? ¿Por qué vuestros pies se mueven, por qué vuestros ojos parpadean cuando El está muerto, inmóvil, mudo? ¿Cómo te atreves a gritar, Juan, cuando El se calla? ¿Preguntáis a Judas lo que hay que hacer? Y Judas, Judas el traidor os responde: ¡morir! ¡Debéis lanzaros al camino, arrojaros sobre los soldados, cogerles sus espadas, anegarlos en el mar de vuestra sangre! ¡Debéis morir, morir!”

(Pausa.)

¡Su mismo padre hubiera lanzado un clamor magnífico al veros llegar juntos a la Mansión Celeste! Sobre vuestra mesa yo veo restos de comida y vuestros lechos están revueltos. Decidme: ¿habéis comido, habéis dormido también quizá? “He dormido —contestó Pedro. He dormido y comido.” Y yo dije: *(Al público.)* Yo os maldigo, traidores y os llamo. Yo voy hacia El. ¿Quién viene con el Iscariote hacia Jesús?

(Pausa.)

“¡Yo! ¡Yo voy a acompañarte!” —gritó Pedro levantándose. Pero Juan y los otros discípulos le detuvieron asustados, diciéndole: “¡Insensato! ¿Has olvidado que fue él quien puso al Maestro en manos de los enemigos?” Y Pedro se golpeó el pecho y se puso a llorar amargamente exclamando: “¿Adonde iré, Señor? ¿Adónde iré?”

(Pausa.)

Y yo pensé: “¡Pobre de ti discípulo, que desconoces el momento de ejercer la libertad que El te regaló. Pobre de ti que desconoces la verdadera fe. Pobre de ti que no tienes voluntad para apoyar en tu Maestro sus debilidades humanas. Pobre de ti que desconoces el verdadero sacrificio, que estás tan lejos de la verdadera renuncia! Por un momento has estado cerca de la verdad, pero ésta es tan ardiente que te ha quemado los labios. No tendrás, pues, que taparte los ojos en la montaña, como Elías y como Moisés, para no ver a Dios. ¿Por qué no te tapas los ojos ahora?” *(Pausa.)* Si me hubieras manchado con tu pureza, al seguirme. . . no: aún con tu vaga ignorancia hubieras quebrantado el pantano infinitamente oscuro que oculta el verdadero sacrificio, la negrura en que estoy para la salvación de los hombres. *(Pausa.)* “El agua de la fuente es feliz. Podemos ser malvados y dolorosos.”

La luz es opaca. Judas mira al cielo.

Judas: ¿Me oyes, Jesús? ¿Me crearás ahora? Voy hacia ti. Acógeme bien, estoy cansado. Estoy muy cansado. *(Sonríe penosamente.)* Y volveremos a la tierra abrazados como dos hermanos ¿quieres? *(Pausa.)* No te enojés conmigo Jesús, dame ahora tu fuerza para poder llegar a mi destino.

Diciendo esto se ha levantado, sin rastros de la debilidad anterior. Música. Sube la pirámide, llega al árbol, ata la cuerda y la ve balancearse en la rama. Mientras se la pone al cuello inclinado para poder saltar, habla. Sonido de viento que aumenta.

Judas: La misma tarde en que se lance mi cuerpo al precipicio a pudrirse con ratas y

cangrejos, todos los creyentes conocerán mi fin, el fin del traidor y al día siguiente lo sabrá toda Jerusalén y luego la Judea pedregosa y la verde Galilea. Y de la mar a la otra mar, que está más lejos todavía, se propagará la noticia de la muerte del traidor. Avanzará la noticia al mismo paso que el tiempo, ni más de prisa, ni más despacio. Y como el tiempo no tiene fin, no se dejará nunca de hablar de la traición de Judas y de su horrible muerte, la muerte parásita, la apócrifa. Y todos, lo mismo los buenos que los malos, maldecirán su infame memoria, y entre todos los pueblos que han sido, que son y que serán, permanecerá eternamente solo, en su destino sabio y cruel, el nombre de Judas Iscariote, el traidor.

Un sonido grave irrumpe el de viento. La luz baja y parpadea (al mismo tiempo el actor se coloca el soporte especial que permitirá simular el ahorcamiento).

Judas salta. Después de unos espasmos cortos queda penduleando unos momentos. Poco a poco, la luz y los sonidos van disminuyendo hasta la oscuridad total. Entonces, se escucha el texto:

Voz de Judas: Y volveremos a la Tierra, abrazados como dos hermanos. . . ¿quieres?

BIBLIOGRAFIA

Andréyev, Leonio Nikoláyevich: *Judas Iscariote. El Gobernador.* (Ed. Nacional, México, 1960.)

El diario de Satanás. (Espasa Calpe, Madrid, 1924.)

Borges, Jorge Luis: *Tres versiones de Judas* (en *Ficciones*, Emecé, Buenos Aires, 1956).

